
Antonio SCHLATTER NAVARRO, *Trabajo del hombre, trabajo de Dios. La dignidad del trabajo manual en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá*, Madrid: Rialp, 2017, 136 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-321-4894-1.

Todos los trabajos que una persona pueda realizar tienen la misma dignidad, pues su categoría no depende del objeto sino del sujeto que lo realiza, como se subraya constantemente en la doctrina del Magisterio Social de la Iglesia, especialmente desde la publicación de la *Laborem Exercens* de san Juan Pablo II. Esto incluye también a los oficios manuales y a todas las tareas que se puedan realizar con nuestras manos. De esta idea parte el libro *Trabajo del hombre, trabajo de Dios*, que busca hacer y fundamentar dos fuertes afirmaciones que serán sus coordenadas.

La primera es que la división del trabajo (y de las personas que lo realizan) entre intelectuales y manuales responde a una mentalidad clasista que sigue estando presente en el imaginario colectivo, a pesar del fracaso y de las críticas que ha recibido el modo de pensar –marxista o capitalista– que ha sustentado esa división por décadas. Y aunque por más que pueda parecer –y afirmarse así– que en nuestros días ya no hay tantas personas que consideren los oficios manuales como inferiores a los intelectuales, sin embargo la realidad es distinta. Todavía hoy necesitamos comprender y hacer ver el valor de cualquier profesión que un hombre o una mujer pueda ejercer, pues constituye una auténtica vocación humana y sobrenatural. Cualquier intento de dividir a las personas en función de su trabajo, o simplemente de considerar mejores o peores unos trabajos que otros, está lejos del mensaje auténticamente cristiano.

La segunda fuerte afirmación –corolario de lo anterior– y coordinada más audaz del libro es ésta: las tareas manuales son las que mejor nos muestran toda la riqueza y virtualidad que encierra el trabajo humano como realidad santificable y santificante. Frente al intelectualismo que dominó el pensamiento social durante siglos, el autor afirma que es el trabajo realizado con las manos el verdadero arquetipo de todo trabajo, también del que se realiza sobre todo intelectualmente. Como telón de fondo de esto último, Schlatter señala una realidad antropológica palpable: que nuestros días se hallan marcados mucho más por el espiritualismo desencarnado que por el materialismo. Éste sería el motivo principal por el que las tareas manuales –bien consideradas específicamente como profesión o simplemente como tareas de la vida cotidiana– sigan siendo entendidas como tareas de segunda categoría.

El objetivo principal del libro es, pues, reivindicar la nobleza de las tareas manuales y materiales frente al peligro actual de ese espiritualismo desencarnado. Una idea ésta –recuerda el autor– muy querida por san Josemaría, y que él mismo impulsó durante toda su vida como parte esencial del mensaje de santidad en medio del mundo, que Dios le hizo ver. Entre tantos textos que sintetizan ese espíritu, Schlatter se detiene en la *Homilía* «*Amar al mundo apasionadamente*», que el fundador del Opus Dei pronunció en el Campus de la Universidad de Navarra: considera que tal vez sea ésa la exposición más poderosa y sintética de su mensaje sobre el valor santificador del trabajo y de todas las circunstancias ordinarias. Por eso, será esa *Homilía* el hilo conductor del libro *Trabajo del hombre, trabajo de Dios*, precisamente para recordar la radical novedad y viva actualidad de aquella *Homilía*, centrándose en un aspecto que el autor considera muy significativo: la nobleza y dignidad de todo trabajo manual. El autor procura tomar el tono de san Josemaría en la *Homilía*, dirigida a mostrar la grandeza y el sentido de lo que denominó «materialismo cristiano». Y es que –tal es el mensaje parenético tanto de la *Homilía* como de este libro– su enseñanza sobre el trabajo manual resulta ahora más entusiasmante y necesaria que nunca y debe seguir siendo expuesta con claridad en todos los ambientes; también en los intelectuales, tal y como hizo el propio san Josemaría.

Además de cumplirse 50 años de aquel texto, otras dos grandes efemérides –aparecen en un velado trasfondo de la *Homilía*– sirven de marco contextual para este libro; dos grandes coordenadas históricas, no ya sociológicas, que tienen que ver directamente con el sentido y dignidad del trabajo humano: los 500 años de la Reforma que, con su carga espiritualista, haría difícil el encuentro con Dios en las realidades materiales, y los cien años de la revolución marxista que, con su aparente revalorización del proletariado, cierra el camino a toda trascendencia.

En efecto, en la *Homilía* del Campus, y dentro del estilo y contenido propio de la naturaleza pastoral del texto, san Josemaría sale al paso tanto del peligro de los materialismos cerrados al espíritu (propio del pensamiento de raíz marxista) como sobre todo de lo que él consideraba más pernicioso: un espiritualismo que pasa como «rozando» por la realidad material pero sin llegar a tocarla, a encontrarse con ella (propio del pensamiento de la Reforma, tan dominante en nuestros días). El mensaje de la *Homilía*, como el de este libro que la glosa, inciden en que es esa misma realidad material precisamente el lugar de encuentro con Dios; algo que ni el pensamiento marxista ni el surgido

de la Reforma podrían llegar a aceptar. De hecho –y esto hace que el libro sea más relevante desde el punto de vista doctrinal– casi todos los autores que hasta nuestros días han defendido y afirmado la relevancia y dignidad del trabajo manual, han partido casi siempre de unos presupuestos metafísicos y antropológicos propios de alguna de esas corrientes y acaban siendo incompatibles con el sentido trascendente de la realidad material. Se hacía por tanto necesario abordar el tema del trabajo manual en clave auténticamente católica. Ésa parece ser la *intentio docendi* de estas páginas.

Para lograr ese objetivo, Schlatter estructura su libro en tres partes que cabría calificar respectivamente como: fundamentos metafísicos y antropológicos del trabajo manual; fundamentos teológicos y espirituales; y finalmente sus manifestaciones sociológicas, bien sea en general (consideración social de esos trabajos en nuestros días), o bien aplicadas a dos ámbitos privilegiados donde el autor considera que puede mostrarse más claramente la necesidad de revalorizar las tareas manuales: los trabajos del hogar (valorados aún hoy de un modo peyorativo) y la labor universitaria, que en opinión del autor adolece de una inflación intelectualista vacua y sin sentido, muy alejada por tanto del objetivo originario y real que ha de primar en una auténtica Universidad y que dio origen a esta institución.

El desarrollo más metafísico o antropológico del tema se contiene en tres capítulos dedicados respectivamente al valor trascendente y positivo de la materia; al estudio de las manos como instrumento privilegiado para manifestar el amor y servicio que debe marcar el sentido último de todo trabajo; y finalmente un tercer capítulo que con el significativo título de *Laudato si* se detiene en una visión general de la Creación como contexto y horizonte hermenéutico. Son capítulos que rezuman y reiteran el sentido positivo de la realidad más material y del trabajo, que la transforma a través del empleo de nuestras manos.

Esa visión positiva, heredera de la visión propia del fundador del Opus Dei, sirve además como vacuna para curarnos sobre todo de la valoración actual tan negativa respecto a los trabajos que suponen mayor esfuerzo físico, tantas veces entendidos como esclavitud o condena. Así se han visto incluso por quienes precisamente buscaban defender el mundo obrero o proletario, calificando sus teorías y reivindicaciones como una propuesta más de liberación que de redención. Manos, materia y mundo son, por tanto, los tres conceptos que se manejan en el primer apartado del libro y que llevan al autor a hablar de tres grandes necesidades para nuestros días: la de fomentar mucho

más el deseo –verdadera ilusión– de perfeccionar el mundo material; la de saber atenerse a la realidad material más inmediata, sin pretender idealizarla o sustraerse de ella como si fuera algo negativo; y finalmente, como consecuencia de lo anterior, comprender más el gran valor y dignidad tanto de los trabajos realizados con nuestras propias manos, como de las mismas manos que los realizan. El libro se fija en el valor de nuestras manos, como instrumento esencialmente humano y humanizador; trata luego de la dignidad de esa materia que nuestras manos trabajan; y termina este apartado volviendo a ese mundo apasionadamente amable que configura y surge del trabajo manual.

Pero la impresionante posibilidad de que lo divino y lo humano de verdad se toquen, supone descubrir dónde se halla ese punto de encuentro, que no es en «la línea del horizonte» sino en el corazón, cuando se viven santamente las acciones aparentemente más sencillas. Ahí es donde se descubre ese algo santo, divino, escondido en las cosas más materiales de la tierra. Para santificar el trabajo basta «una mirada de amor», dirá san Josemaría; pero un amor apasionado. Por eso el núcleo del libro lo forman los tres capítulos centrales, que son los tres cauces que Dios emplea para hablarnos de su amor apasionado por sus criaturas: el camino-horizonte escatológico del trabajo manual, que tan bien se refleja en el pasaje de Marta y María en Betania; luego, y en el centro de ese misterio de Amor, el Amor hecho materia en la Eucaristía: la Santa Misa como trabajo, y como trabajo manual de primera categoría; y por último, el amor Encarnado en un Dios que se hace *tehton*, artesano.

La última parte del libro mira a profundizar en la valoración del trabajo manual en nuestro actual contexto social, a lo que el autor le dedica otros tres capítulos. En dos de ellos se detiene en sendos ámbitos especialmente queridos por san Josemaría: dos profesiones en las que se muestra más claramente, la inmensa trascendencia del trabajo de las manos: el trabajo en el hogar, con todas sus tareas domésticas que nos hacen revivir el ambiente de Nazaret; y finalmente el trabajo universitario, no sólo por la cuestión circunstancial de que san Josemaría se dirigiera de hecho a la comunidad universitaria, sino porque se hacía –y se hace– especialmente necesario recordarlo, incluso en esos contextos en los que parece prevalecer el intelectualismo. También, para Schlatter, en el trabajo universitario las tareas más materiales deben destacar como la base y el contexto natural del trabajo humano digno y santo. El capítulo titulado *Llamados a trabajar* recoge en síntesis y de modo más genérico el mismo mensaje: Dios llama a ser santos en y a través de las realidades materiales, seculares, de nuestra existencia. Más que una tercera vía entre la visión secu-

larista y la visión clerical, el mensaje de san Josemaría brilla en estas páginas con luz propia para recordar una doctrina que ha tenido una solución de continuidad de casi veinte siglos: hay que remontarse al trabajo de los primeros cristianos y al modo que tenían de valorar esas tareas tantas veces humildes y escondidas, pero no por ello menos relevantes y transformadoras al fin y al cabo de todo un Imperio.

Nos hallamos por tanto ante un libro que del modo más sucinto posible aclara y desarrolla una tesis fuerte, pero que deja al lector con una pregunta en el aire que tal vez sea aún más relevante. La tesis consiste en mostrar de diversos modos y en distintos planos la nobleza y la radical dignidad –el orgullo bueno– de todos los trabajos que se ejercen con las manos, así como su valor ejemplar para quienes los ejercen y para toda la sociedad, y su valor como camino de santidad en medio del mundo. La pregunta que queda en el aire viene dada y podría formularse así: si realmente sigue siendo ésta la valoración del trabajo manual en nuestros días, si como puede comprobarse la *Homilía* que san Josemaría pronunció hace cincuenta años puede seguirse leyendo con plenísima actualidad, estando como parece en el mismo punto, ¿qué más podemos hacer para que este mensaje sea más comprendido y difundido, para no desnaturalizarlo y así poder verdaderamente transformar desde dentro el mundo que vivimos hoy?

José Antonio GARCÍA-PRIETO

RESEÑAS

